

EL RESURGIR DE LA PERCEPCION  
EN LA PSICOLOGIA CONTEMPORANEA

ANTONIO CAPARRÓS



## *La indestructible conciencia*

Tras aproximadamente medio siglo de casi absoluto dominio conductista dentro del ámbito psicológico, cada vez es más frecuente esgrimir el término «cognitivista» como garantía inequívoca de hallarse definitivamente en la vía metodológica y teórica correcta que conduzca a la Psicología científica a feliz término. Esta habría tenido que pasar con necesidad histórica por un estadio conductista, antítesis del mentalismo introspeccionista que le precedió. Este estadio, sin embargo, habría llegado a su fin. Desde hace más de dos décadas y de forma progresiva un nuevo paradigma se estaría abriendo paso. Efectivamente, apenas existe hoy una área básica de investigación psicológica donde no se haga patente la «síntesis cognitivista»: a través de la conducta y por su mediación, el rigor experimental y aun operacional habría llegado a la conciencia, aunque, por supuesto, ya no a la conciencia de los introspeccionistas que rechaza Watson. Precisamente la citada mediación conductual implica que en la Psicología ya no tiene cabida otra conciencia que la que se entiende como dimensión y propiedad de la conducta, immanente a la misma e indivinculable de ella.

Así, Weiner y Heckhausen (1974), dentro del área motivacional, han testimoniado la «emergencia de una psicología cognitiva», la cual al inferir y emplear procesos mentales superiores para explicar el inicio, dirección y persistencia de la conducta, vendría a suplantarse el enfoque mecanicista de Hull y Spence, de claro predominio en esta área desde el inicio de los cuarenta hasta el de los sesenta. Sin negar sus posibilidades explicativas y predictivas para la conducta de los organismos infrahumanos, tal marco teórico resultaría insuficiente para dar cuenta de la complejidad y amplitud de la conducta humana. Esta exigiría la inclusión de los procesos cognoscitivos como determinantes de los mismos. Consecuentemente, el nuevo modelo de la motivación tendría la forma siguiente: «E-Cognition-R», fórmula que a su vez supone una concepción del estímulo como fuente de información y no tanto como estimulación; ésta ya no desencadenaría mecánicamente la respuesta, sino que aquélla, al ser codificada por el sujeto, adquiriría un significado que determinaría la respuesta. En este nuevo contexto las miradas de los psicólogos de los citados Hull y Spence se habrían vuelto hacia Lewin, Tolman y Heider, así como a otros que como el mismo Freud nunca dejaron de sostener el carácter propositivo intencional de la conducta.

Dentro de este mismo nivel puramente ilustrativo podríamos aproximarnos de igual forma a otros ámbitos psicológicos estrechamente vinculados con el motivacional. Es sabido, por ejemplo, que la investigación sobre la ansiedad, tras haber seguido durante mucho tiempo al esquema de la reducción del

impulso de Hull-Spence, se ha ido dirigiendo paulatina y progresivamente a situaciones experimentales donde los procesos cognitivos hacen patente su función determinante. La ansiedad se vincularía a contextos que hacen referencia a fracasos en la categorización del medio ambiente, al derrumbamiento de las estructuras cognitivas a través de las cuales el sujeto humano organiza su mundo; se relacionaría con el uso precario y deficiente de la información, con su inadecuada selección por parte de los procesos perceptivos. En definitiva, también dentro de este contexto el organismo humano ha pasado a ser considerado cada vez más como «animal pensante» y, consecuentemente, también aquí la investigación se ha acabado por centrar en los procesos relacionados con la búsqueda y procesamiento de información, en los atencionales y memorísticos, etc. (Russell, 1975).

Los trabajos de Schachter (1966) en el terreno específico de la emoción, al poner de relieve que tan importante como la actividad fisiológica del sistema nervioso autónomo lo es igualmente la interpretación cognitiva de la misma, testimonian con no menor ambigüedad la vigencia de la Psicología cognitivista. Por su parte, Lazarus (1966) insiste en la función desempeñada por las variables cognitivas —juicios, interpretaciones, etc.—, en los mecanismos mediante los cuales nos defendemos contra el stress y otras situaciones amenazantes. Tras todo lo que llevamos dicho resulta perfectamente comprensible que Mischel (1973), un importante teórico de la personalidad, haya podido constatar que esta área psicológica se ha ido decantando en los últimos años de forma significativa hacia variables cognitivas. Mientras las teorías clásicas de la personalidad (Freud, Murray, Allport, etc.) han sido formuladas en términos motivacionales, hoy se prefiere enfatizar la importancia de la capacidad y de la competencia cognitivas, de las estrategias y expectativas, etcétera.

Aunque en el capítulo del aprendizaje, reducto clásico del conductismo, las cosas sean más complejas y matizables, lo cierto es que también aquí han transcurrido por cauces semejantes. Razran (1971) escribe en este sentido que la psicología conductista ha topado en las últimas décadas con la «indestructividad de la conciencia», viéndose forzada a hacer más de una concesión al respecto. Esto es lo que pondría de manifiesto el proceso seguido por el pensamiento de algunos de sus principales líderes: Spence habría acabado por reconocer la importancia de las variables cognitivas en el condicionamiento humano; Mowrer habla de imágenes, miedos y esperanzas; Miller está por la liberalización del esquema E-R, sin olvidar que sus trabajos sobre condicionamiento autonómico enfatizan cada vez más la interacción de lo fisiológico con lo cognitivo y con el control voluntario; Osgood se viene ocupando desde hace tiempo del problema del significado; si a todo ello añadimos las teorías de Hebb sobre la percepción y la ideación, las formulaciones derivadas de Tolman por parte de Mac Corquedale y Mehl, así como la frecuencia con que las investigaciones neurofisiológicas hacen referencia al placer y al dolor, a la atención, y a la conciencia, entonces, ciertamente, resulta bien difícil negar la existencia de un cierto retorno a la vieja conciencia.

Sin duda que esta vuelta, como señala el mismo Razran, no tiene lugar de forma organizada, regular y completa; que esta aproximación a la temática cognitiva no ha supuesto en muchos casos la renuncia al paradigma teórico E-R y que la conceptualización conductista sigue mayormente aferrada a categorías sensomotrices. Sin embargo, sea como fuere y al margen de esta problemática, que por lo demás rebasa el marco de este artículo, es indudable que los teóricos del aprendizaje desde hace un par de décadas se ocupan de forma creciente de la incidencia de los procesos cognitivos en el aprendizaje, enfatizan la función de las expectativas y de los incentivos en sus procesos, insisten en el aprendizaje observacional y en las asociaciones cognitivas, teorizan sobre el refuerzo como configurador de asociaciones entre estímulos reforzantes y situacionales, etc.

Esta creciente vigencia del «animal pensante» en el ámbito de la psicología ha supuesto, lógicamente, la focalización paralela de la atención psicológica en una serie de procesos que en su día fueron más o menos anatematizados por el conductismo tradicional. Dentro de ellos los procesos perceptivos ocuparían un lugar preferente, aunque no único. Revistas científicas, escritos de investigación monográfica y manuales psicológicos dedican cada vez mayores espacios al análisis de la percepción de la memoria, pensamiento, e incluso de la imaginación. Piaget y Bruner han pasado a ser los nuevos líderes. Es evidente que en todo ello ha influido el reconocimiento de las variables cognitivas en otras áreas psicológicas, en el sentido de lo expuesto anteriormente. Pero no lo es menos que dicho reconocimiento, por sí solo, explicaría insuficientemente tal recuperación de la problemática cognitiva, más cuando ésta, por su parte, ha sido no menos decisiva para que aquel reconocimiento llegara a ser posible y necesario. El proceso es más complejo y requiere un análisis más profundo y exhaustivo. Es lo que vamos a tratar de hacer parcialmente en las páginas que siguen. Parcialmente, porque en ellas nos ceñiremos a la temática perceptiva. Y es que al resultar impensable ofrecer en un marco como éste un panorama completo de la investigación reciente sobre los procesos cognoscitivos y siendo la percepción el proceso básico que subyace a todos los demás, hemos optado por presentar lo que el trabajo teórico y experimental sobre ella haya podido aportar a esta emergencia de la psicología cognitiva, sin olvidar, por supuesto, lo que esta emergencia haya podido significar para dicho trabajo, así como el sentido que haya podido conferir tal interacción a ambos procesos, que no son en realidad más que parte y todo de un mismo fenómeno histórico. Sólo resta que en próximos artículos podamos acabar de trazar las líneas que lo configuran.

### *De la hegemonía al ostracismo*

La percepción tiene viejas raíces en la Historia de la Psicología, la precientífica y la científica. No es éste el lugar de hacer un recorrido histórico, que

por otra parte acabaría por ser una auténtica Historia de la Psicología. Y es que todos los procesos y fenómenos psicológicos que hoy subsumimos, en un sentido amplio, bajo el tópico «percepción» fueron prácticamente los protagonistas de aquélla hasta inicios del siglo xx, al menos en el sentido y medida en que puede hablarse de una tal Historia. Tal protagonismo se entiende fácilmente si se recuerda que la psicología precientífica discurre por dos grandes cauces. Por una parte, el de una filosofía con preocupaciones epistemológicas, centrada en la fundación y fundamentación del conocimiento y que, aunque sin carcer de sus correctivos racionalistas, acude para ello a la tradición empirista y asociacionista. Por otra, el de una fisiología que durante la primera mitad del xix encuentra en los sentidos un lugar privilegiado para alcanzar su definitiva identidad científica.

Al surgir, básicamente, de la convergencia de estas dos fuentes, la «nueva psicología» —¡ya tan vieja!— introspeccionista y estructuralista de la conciencia tenía que conocer necesariamente un fuerte predominio de la temática sensorial y perceptiva. De ahí que se haya podido hablar de una «Herrschaft» de la percepción, de una especie de primacía hegemónica de ésta, como característica central de aquella primera psicología de cuño científico. La verdad es que cuando el historiador de la psicología pretende hacer auténtica Historia, sin adentrarse en demasía en nuestro siglo, cuando dentro de estos límites, se pregunta e indaga qué pasado determina su presente psicológico, se ve abocado a moverse casi exclusivamente dentro de un contexto perceptivo. Resultarían ser algunos de sus grandes hitos: Aristóteles y Locke con sus cualidades sensibles; Berkeley y la percepción visual; Hume y la impresión de causalidad; los escoceses y la percepción del mundo exterior; Lotze y los signos locales; Herbart y la apercepción; J. Müller y su ley de la especificidad de la energía nerviosa; Helmholtz y su inferencia inconsciente, así como sus teorías de la visión y la audición, junto con las de Hering y Young; Wundt con sus procesos aperceptivos y la problemática atencional del foco y margen de la conciencia; Titchener y su teoría del contexto; etc.

Es sabido que el introspeccionismo que conoció la luz en la Alemania de finales del xix ha determinado la psicología posterior de una forma muy peculiar. Desde luego, no sólo a través de su negación. La vigencia actual de ciertos principios asociacionistas, así como la tendencia a complementar el reconocimiento del carácter experiencialmente originario de la conciencia con un enfoque genético, que implica la aceptación de ciertos componentes en la misma, son buena prueba de ello. Sin embargo, ha sido a través de sus negaciones como el introspeccionismo ha llegado fundamentalmente a determinar históricamente nuestro presente psicológico. ¿Cuál ha sido la trayectoria que ha seguido la percepción a lo largo de las mismas?

Las reacciones que aparecieron en Europa contra la Psicología de la conciencia, simbolizada por Wundt y su laboratorio de Leipzig, no supusieron en principio el fin de aquella primacía de los temas perceptivos. Los trabajos de Ebbinghaus, G. E. Müller y de Külpe con su Escuela de Würzburg, aunque

se oponían en muchos aspectos básicos a Wundt, de ninguna manera pueden considerarse como reacciones globales contra su Psicología. Más bien lo que hicieron es ampliar buena parte de sus presupuestos metodológicos a otros procesos cognoscitivos que Wundt consideraba inaccesibles a la introspección. Por lo demás, casi resulta supérfluo indicar que tal ampliación no supuso detrimento alguno en el interés por los estudios sensoriales y perceptivos. Los postulados epistemológicos de aquella Psicología y su nada clara autonomía respecto a la filosofía lo hacían impensable.

Y, de hecho, cuando desde la fenomenología llegó la gran reacción gestalista, que es lo mismo que decir que el fin de aquel introspeccionismo asociacionista, la investigación teórica y experimental de la percepción fue en aumento. Más aún, cuando los representantes de la Gestalt se aproximaron a situaciones afines a tópicos tales como el aprendizaje, solución de problemas o pensamiento, tendieron a practicar un cierto reduccionismo perceptual. En cualquier caso, durante las décadas segunda y tercera de nuestro siglo la influencia de la fenomenología, en general, y de la Gestalt, en particular, fue decisiva en la Psicología europea, sobre todo continental. Por supuesto, que esto no significa atribuir al método fenomenológico la exclusiva de la experiencia perceptual. Binswanger y otros, por ejemplo, desde la perspectiva clínica lo han hecho fecundo en otras zonas del comportamiento. Sin embargo, no es difícil constatar que tras las primeras aportaciones gestalistas, las pocas contribuciones de la Psicología europea continental —prescindiendo de la soviética— a la Historia de la Psicología, al menos en la primera mitad del siglo xx, han sido aproximaciones fenomenológicas a la temática de la percepción. Recordemos, entre los no emigrados a USA, los nombres de Michotte, Katz, Merleau-Ponty, etc.

Con estas consideraciones no pretendemos de ningún modo limitar, ni lógica ni históricamente, el estudio de la percepción y de otros procesos cognoscitivos al método fenomenológico. Aunque no pueda decirse que Piaget con su preocupación permanente por las estructuras cognitivas haya escapado totalmente del influjo de la Gestalt, es evidente que su método no es adscribible a la etiqueta «fenomenológico». Pero, fenomenología o no, lo que en todo caso nos interesa constatar aquí es que la Psicología europea surgida a partir de la crisis del introspeccionismo, estuvo siempre volcada hacia los aspectos cognitivos de la conducta, y esto porque no podía ser de otra forma, dada la tradición filosófica y antropológica de la que emanaron sus presupuestos metodológicos y epistemológicos. Incluso, cuando en Gran Bretaña, siguiendo las huellas de Galton, surge, junto a la Psicología tradicional representada por Ward y Stout, una Psicología matemática, ésta se dedica preferentemente a un ámbito, el de la inteligencia y las aptitudes, que ni prescinde de aquéllos ni de ningún modo les es ajeno.

A la percepción y los restantes procesos cognoscitivos su crisis les llegó por otros caminos. Ciertamente, éstos pasan de alguna manera por Europa, pero sólo en la medida en que ésta no pudo imponer rumbo alguno a la Psi-

ciencia psicológica desde los inicios de este siglo, especialmente desde el surgimiento del conductismo. A partir de entonces la febril y creciente actividad de los psicólogos americanos va quedando plasmada en una hegemonía casi absoluta; la bolsa de los valores psicológicos se instala al otro lado del Atlántico. Por si fuera poco, la llegada del nazismo a Europa acaba con la ya escasa resistencia que aquí hubiera podido encontrar aquella hegemonía. Como veremos en seguida, la llegada de algunos psicólogos europeos a USA no altera en absoluto esta situación. Pero, ¿por qué y en qué sentido la llegada de la Psicología americana al primer plano del escenario de la joven ciencia psicológica supuso el ostracismo de la percepción?

Es sobradamente sabido que la Psicología americana comenzó a encontrar su identidad definitiva cuando, sin renunciar a su pretensión de llegar a ser una ciencia positiva y natural, convergieron en ella el darwinismo y la filosofía pragmática, dando origen al funcionalismo. En él empieza a tomar cuerpo la gran reacción contra el estructuralismo de la conciencia de Titchener, reacción que primero supone su aislamiento en el reducto introspeccionista de Cornell y que a medio plazo significa su destrucción total. No se piense, sin embargo, que el funcionalismo, una orientación ecléctica casi por definición, propugnase un destierro de la percepción del ámbito de la Psicología. El funcionalismo nunca ha sido para iconoclastas de ningún tipo. Lo único que pretende es que los procesos psíquicos sean estudiados con criterios funcionales, bajo la perspectiva de su valor adaptativo.

Este fue el enfoque bajo el cual W. James trató los procesos perceptivos, poniendo así de manifiesto el valor adaptativo de la selectividad atencional y perceptual, selectividad que a su vez exigiría para su explicación ciertos factores subjetivos, preferentemente motivacionales. En esta línea teórica se situarían los grandes sistematizadores del funcionalismo y más concretamente Carr (1925, 1935), quizás el más interesado entre ellos por la problemática perceptiva. Para él la percepción consiste en el «conocimiento de un objeto presente en relación con algún acto de ajuste»; le atribuye tres notas básicas: selectividad, organización y significación, dependiendo éstas dos últimas de la experiencia pasada. Su distanciamiento del asociacionismo aparece en el reconocimiento —aunque no elaboración— de las variables intraorganísmicas como determinantes perceptuales. Pero no todo en él va a ser antiasociacionismo. Carr le dio mucha importancia a la percepción espacial y justamente aquí va a teorizar en términos estrictamente asociacionistas, reconociendo la importancia del aprendizaje. Sin embargo, la conceptualización de éste acontece en un lenguaje que no tiene nada de mentalista y que, por el contrario, es muy próximo al conductista: Carr propuso una auténtica teoría motora de las relaciones espaciales, en las que las respuestas como movimientos de localización (por ejemplo, de los ojos, de la cabeza, manos, etc.) juegan un papel fundamental.

En buena parte, el conductismo surgió como una radicalización de la orientación funcionalista en Psicología. Desde el punto de vista de su actitud

ante la conciencia esto es claro: de la sola función adaptativa a su supresión radical. Con ya más de medio siglo de distancia temporal, resulta, ciertamente, impresionante contemplar la fuerza con que emergió aquel nuevo programa psicológico, así como la fidelidad con que la Psicología americana siguió sus consignas. En nombre del rigor metodológico la percepción, las imágenes y los significados desaparecieron del panorama psicológico. Prácticamente, desde mediados de la segunda década de este siglo hasta después de la Segunda Guerra Mundial, la percepción sólo tiene cabida en el estrecho y velado marco del «verbal report» y del «condicionamiento discriminatorio». En todo caso, no pasa de ser una «respuesta discriminatoria». Tanto en el conductismo primero como en el neoconductismo anterior a los cincuenta todo concepto que no sea estrictamente operacional queda literalmente pulverizado. Y de hecho al comportarse de este modo con la percepción, el conductismo es bien consecuente consigo mismo: entendido estrictamente es incompatible con una teoría cabal de la percepción.

La llegada a USA por los años treinta de los principales representantes de la Gestalt, así como de algunos importantes teóricos de la percepción —Brunswick, entre ellos— no alteró básicamente el panorama. En aquellos años sus investigaciones —nos ceñimos aquí al aspecto perceptivo estricto— carecían de posibilidad de arraigo, de capacidad de interpelación científica. Venían a ser como oasis en un paisaje donde apenas podía contemplarse otra cosa que no fuera investigación sobre el aprendizaje y el condicionamiento. En este sentido es bien distinta la resonancia que encontró la traducción allí al inglés de los escritos de Paulov si se la compara con la acogida que conocieron algunas traducciones de escritos de Köhler y Köffka. Por otra parte, tanto de éstos como de Wertheimer, bien puede afirmarse que, por encones, entraron a formar parte de la gran familia científica americana básicamente por los aspectos de sus teorías relacionados con el aprendizaje y la solución de problemas, y quizá por algunas de sus especulaciones neurológicas. Tenía que pasar algún tiempo para que el Zeitgeist cambiara de tal modo que el reconocimiento del significado conductual de la percepción exigiera su reimplantación en la ámbito de la ciencia .

### *Una nueva óptica psicológica*

Tras el final de la Segunda Guerra Mundial el conductismo conoce toda una serie de importantes cambios que van a ser decisivos en el curso de la Historia de la Psicología. Al periodo que les precede, justamente al que va de 1930 a 1945, Koch (1965) le ha llamado «edad de la teoría», caracterizándolo como un periodo de gran rigor metodológico, en el cual los psicólogos neoconductistas se asignan como tarea proporcionar a la Psicología los sistemas que pudieran otorgarle el rango definitivo de ciencia. En este sentido Clark L. Hull es su exponente más representativo y la creencia en la posibilidad de

una teoría de la conducta completamente cuantitativa la característica más propia entre las que enumera el mismo Koch.

Después del rigor de la edad de la teoría, y como acostumbra a suceder en la Historia, le toca el protagonismo a una tendencia que encamina los pasos de los conductistas hacia la liberalización. A la hora de analizar este fenómeno histórico Koch no duda en atribuir buena parte del cambio a la presión ejercida desde dentro mismo del conductismo. Por una parte, los neoconductistas habrían fracasado en la realización de sus ambiciosos programas; por otra, y sin que esto sea ajeno a lo anterior, cada vez serían mayores las contradicciones entre teoría y experimentación, sobre todo al intentar aplicar ideas teóricas basadas en el esquema E-R a situaciones experimentales que ponían de relieve ciertos mecanismos psicológicos inasumibles por ellas. De este modo se está haciendo referencia a procesos centrales, perceptivos, a conductas anticipatorias, etc., cada vez más patentes a medida que los diseños experimentales van colocando a los organismos ante situaciones, cuya complejidad exige la actualización de todas las posibilidades de su dotación onto y filogenética. Es sabido que ciertas situaciones experimentales típicas de la tradición tolmiana —y no hacemos más que dar algún ejemplo—, difícilmente imaginables en un contexto teórico E-R, pusieron de manifiesto ciertas estructuras adquisitivas, cuya conceptualización ya resultó sumamente ardua para Hull y Spence. No se puede negar que éstos y otros muchos conductistas convencidos demostraron y demuestran un gran valor científico al aceptar el reto que suponía la ampliación del «periférico» esquema E-R a todo tipo de proceso conductual, incluidos los centrales. Y, desde luego, en buena parte ese valor se ha visto recompensado al demostrar, así las posibilidades explicativas y predictivas de dicho esquema. Sin embargo, ni se agota ahí el análisis de la cuestión ni es éste el punto que más nos interesa destacar en el contexto del presente artículo. Lo fundamental es que, independientemente de la problemática de la conceptualización teórica, desde dentro mismo del conductismo y por su propia dinámica, éste ha acabado topando empíricamente con unas estructuras adquisitivas, irreductibles a cualquier tipo de condicionamiento, en las cuales juegan un papel decisivo ciertos procesos cognoscitivos centrales, en buena parte observacionales y perceptuales.

Al estudiar el fenómeno de la liberalización del conductismo, Koch atribuye otra buena parte del mismo a ciertos factores, que venidos desde fuera convergieron con la citada crisis interna. Cita, por ejemplo, el interés renovado por otras áreas de investigación anteriormente abandonadas, una mayor preocupación por las bases fisiológicas de la conducta, una creciente influencia de las orientaciones no-conductistas. Como estas páginas no obedecen a un propósito de seguir las vicisitudes del conductismo, carece de sentido seguir con el análisis del mismo Koch. Sin embargo, de las consideraciones que acabamos de hacer algo se impone como fundamental para comprender el resurgir de la problemática perceptiva tras la Segunda Guerra Mundial: la crisis interna del conductismo y sus efectos liberalizadores.

En primer lugar, esta liberalización hizo posible que el interés de los psicólogos pudiera dirigirse hacia otras áreas de investigación psicológica que no fueran el aprendizaje; y no es que temáticas como la percepción, el pensamiento u otras hubieran sido alguna vez totalmente abandonadas, sino que su status científico había sido seriamente cuestionado y, al serlo, las investigaciones sobre las mismas apenas jugaban papel alguno en el escenario de la ciencia psicológica. Además, aunque ya nadie renuncia al rigor metodológico impuesto por el conductismo, la investigación experimental dejó de ser una exclusiva del estrecho marco de ciertos laboratorios llenos de los más diversos laberintos y aparatos psicofísicos; el método experimental se fue ampliando paulatinamente a situaciones más cotidianas y humanas, adquirió más vitalidad, tuvo que aproximarse a diseños más acordes con las exigencias de la Psicología aplicada, industrial y militar —la Guerra jugó en esto un importante papel—, y por tanto con la especificidad humana. Finalmente, los psicólogos empezaron a desmitificar el valor teórico de la fórmula E-R; sin poner, por ello, en cuestión el significado conductual de los estímulos y las respuestas sino precisamente por todo lo contrario, es decir, por la complejidad de este significado, por la imposibilidad de definirlos en términos fisicalistas, por la necesidad de hacerlo en función del organismo considerado como sujeto de la conducta, aquéllos comprendieron que ciertos niveles conductuales no son explicables por dicha fórmula; el asociacionismo E-R era una orientación adecuada para ciertos niveles, más bien inferiores, de la conducta, pero no la orientación exclusiva que garantizase la cientificidad de cualquier explicación.

Sólo a partir de este contexto general se entiende el cambio de actitud de buena parte de los psicólogos, incluidos los conductistas, hacia la percepción (Allport, 1974). Para el conductismo de primera mitad de siglo la percepción caía fuera de la investigación científica; se consideraba que su estudio se basaba en el método fenomenológico y que éste fallaba desde el punto de vista de la objetividad, pues los conceptos que aporta se fundan en unas operaciones pertenecientes al ámbito privado del observador y en las que él mismo está implicado. El único margen permitido por el operacionismo consistía en, tras eliminar todo relato fenomenológico, reducir la percepción a una simple respuesta discriminatoria. La percepción se reducía a la simple reacción —generalmente con integrantes verbales— conductual y observable ante determinados objetos con función de estímulo.

Es cierto que nunca faltaron psicólogos que se opusieran a esta desvirtuación del percepto. Para ellos toda teoría de la percepción debería contar con el relato del sujeto acerca de la forma en que se le aparece el mundo. Sin negar o discutir el criterio de objetividad conductista sostenían que las experiencias subjetivas son demasiado importantes como para que se las ignore sacrificándolas por un canon metodológico. Sin embargo, lo decisivo es que tales consideraciones no tuvieron una audiencia auténticamente operativa hasta muy finales de los cuarenta. Con la excepción de algunos operacio-

nistas extremos, por entonces empieza a ser unánime el reconocimiento de que la experiencia fenomenológica es experiencia y que, como tal, pertenece al ámbito de la ciencia. Consecuentemente, el dilema observar de alguna forma todo fenómeno experienciable o circunscribir nuestra observación a los límites de un método ideal empieza a resolverse a favor de la primera alternativa.

De alguna manera el fracaso de los grandes sistemas de la conducta pretendidos por los primeros neoconductistas significa que la Psicología para llegar a ser una ciencia no tiene por qué asimilarse a la física u otras ciencias naturales. Esta disimilitud radica, en definitiva, en que las relaciones entre método y objeto dentro de las diversas ciencias han de entenderse de modo analógico y no unívoco. Así, lo que ocurre en la física, que puede llevar la objetividad hasta sus últimas consecuencias sin por ello tener que ignorar o excluir parte alguna del objeto que le es propio, no es posible en la Psicología. Este problema que, desde luego, afecta al objeto de la Psicología en su totalidad, se pone especialmente de manifiesto en el área de la percepción. Y esto sencillamente porque el psicólogo que investiga la percepción estudia una parte de la naturaleza que consiste en el proceso mismo de observación de dicha naturaleza.

Precisamente la toma de conciencia por parte de los psicólogos de esta analogía del método científico es la que se pone de manifiesto al tomar opción por la primera alternativa del dilema antes propuesto. La objetividad hay que exigirla siempre en la ciencia, pero en la medida en que sea posible y de la forma como lo sea. Y al aceptar la observación y la descripción fenomenológica por parte del sujeto que percibe, lo único que se hace es aceptar todo lo que es posible desde el punto de vista de la metodología dada la esfera concreta de investigación. Por supuesto, que el estudio de la percepción no se ceñirá a la fenomenología y que se habrá de completar con el de los datos fisiológicos y con el análisis de la conducta públicamente observable del sujeto. Pero esto ya es otra cuestión. Lo fundamental estaba logrado: la percepción tenía luz verde.

Situados en el contexto general que hizo posible la recuperación científica de la percepción tras la Segunda Guerra Mundial, no estará de más que hagamos referencia a algunos aspectos más concretos que contribuyeron a posibilitar aquel desbloqueo y que de este modo determinaron de forma decisiva la trayectoria seguida ulteriormente por las teorías vigentes en la actualidad dentro de esta área psicológica.

Una vez desaparecido el estructuralismo mentalista, no hay duda de que la teoría y enfoque más coherentes y válidos sobre la percepción eran los representados por la Gestalt. Al menos, en lo que hace referencia a los aspectos fenoménicos y experienciales de naturaleza figural constituía y constituye un edificio muy sólido. En este sentido, de alguna manera, a partir de la aparición y establecimiento de la Gestalt toda investigación perceptual tenía que contar con ella. Lo grave era que sus presupuestos filosóficos y metodológicos discre-

paban abiertamente de la orientación fuertemente positivista impuesta por el conductismo. Esta discrepancia se refleja de forma particularmente relevante en el modo como se entienden las relaciones entre aprendizaje y percepción. Los argumentos aportados por algunos psicólogos próximos a la Gestalt (Luchins, 1951) en favor de que ésta no excluye el aprendizaje perceptual, aparte de no ser muy convincente, no desmiente en absoluto el hecho histórico de que durante varias décadas, quizá más por razones semánticas y de tipo histórico, los psicólogos en general habían identificado Gestalt con exclusión del aprendizaje de los procesos perceptivos. Superar esta presunta incompatibilidad entre percepción y aprendizaje, encontrar la mediación adecuada, resultaba ser un paso decisivo, dado que el enfoque conductista imperante en la Psicología es connatural con una aproximación a cualquier proceso o mecanismo psicológico desde la perspectiva del aprendizaje.

Poco antes de que el siglo xx cumpliera los cincuenta años fue dado ese paso por un psicólogo canadiense, con vinculaciones tanto gestaltistas como asociacionistas: D. O. Hebb. *The organization of behavior* (1949) sirvió, al menos, para demostrar teóricamente que estructura perceptiva y aprendizaje no son incompatibles. Un año después, Dollard y Miller (1950), dando al parecer por probado que el proceso perceptual puede ser influido por el aprendizaje, no dudaban en asignarle las características funcionales de una respuesta, reconociendo así de alguna manera su status científico. En los años siguientes otros factores han influido en la misma dirección. Tanto desde la teoría de la información como de la comunicación se ha puesto de manifiesto que el organismo humano no viene al mundo dotado de unas estructuras y estrategias ya listas y capaces de percibir toda la complejidad de la información que llega a sus sentidos. En esta misma línea de hacer compatibles estructura y aprendizaje ha incidido la investigación neurofisiológica de Hubel y Wiesel, entre otros, así como la aproximación creciente entre los psicólogos de la URSS y de USA en los últimos veinte años.

No deja de ser llamativo que los conductistas, que se autodefinen como teóricos del E-R, hubieran dedicado tan poco esfuerzo al análisis de los elementos de esta fórmula, los estímulos y las respuestas. En lo que respecta a los estímulos, esta actividad poco crítica y bastante ingenua tendría importantes consecuencias para la percepción. No es posible una sistematización coherente de la conducta sin una profundización en la naturaleza del estímulo. Esto es lo que pone de relieve un análisis de los principales escritos de los grandes neoconductistas, quienes tras definir aquél de forma teórica en términos de energía física e independientemente de la respuesta, en sus argumentos y descripciones experimentales se refieren a él como cosa u objeto, como lo que provoca la respuesta del organismo. En realidad, el problema no radica en que se sitúa al estímulo en dos niveles distintos, sino en que no se trate en absoluto de la relación mediadora entre ambos (Ycla, 1974).

Es fácil comprender que esta falta de coherencia sirviera de «estímulo» para algunos psicólogos de orientación funcionalista que venían trabajando sin

excesiva acogida en el problema del esclarecimiento de la relación entre ambos niveles, entre el nivel de los estímulos próximos y distales, potenciales y actuales. Este problema no es totalmente ajeno a la orientación gestaltista; sin embargo hay que dejar bien sentado que cae de pleno dentro de las grandes preocupaciones teóricas funcionalistas. Piénsese que en esta perspectiva la percepción es conceptualizada como un logro del organismo que se ha de valorar en función de la correlación existente entre el estímulo distal y el juicio perceptual llevado a cabo a partir de ciertas claves proximales. Los trabajos de Gibson, Brunswick, Ames, etc., aunque brotan de raíces surgidas en muy diversas tradiciones teóricas, son en buena parte una respuesta a la debilidad de ciertos planteamientos conductistas y en este sentido no son ajenos a ella.

Gran parte de las ideas expuestas contienen ya una indudable referencia implícita a las variables intervinientes introducidas por Tolman. Aun siendo así, no queremos omitir aquí unas breves consideraciones sobre la función que desempeñó su problemática en el citado proceso de apertura hacia la percepción desencadenado desde dentro mismo del conductismo. A pesar de la posibilidad de definirlos en términos puramente operacionales y sin comprometerse en absoluto en la elucidación de la naturaleza de su eventual entidad psicológica, tales procesos de hecho corresponden a procesos intraorganísmicos de naturaleza psicológica o estrictamente fisiológica, entre los que ocupaban un lugar importante los cognoscitivos y en particular los perceptivos. De este modo, las variables intervinientes abrían el paso a los fenómenos perceptivos, introduciéndose un proceso histórico tendente al reconocimiento de que el protagonismo de la conducta recae no sólo sobre un organismo que reacciona a una energía estimular, sino ante todo sobre un sujeto, cuyas respuestas sobre el medio ambiente brotan de la interpretación que hace de la estimulación mediante una serie de procesos mediadores, en buena parte de tipo perceptivo (Yela, 1974).

En este resurgir de la percepción y en una dirección similar a la ya apuntada tuvo también mucho que ver la investigación psicofisiológica. A partir de la época reseñada, ésta fue poniendo en claro que el sistema nervioso no es una mera estación de relevo, más o menos compleja, de energía aferente a eferente, sino que por el contrario es un sistema activo, relativamente autónomo, que centralmente selecciona, integra y elabora la información que incide sobre él, para a partir de aquí incidir él mismo en el medio ambiente.

Excepción hecha de alguna literatura básicamente popular y de divulgación, así como de algunos estudios sobre casos clínicos poco sistemáticos, los estudios sobre la personalidad apenas habían merecido la atención de los psicólogos americanos hasta mediados los treinta. A partir de entonces la perspectiva cambia notablemente. La *Psychology of Personality* de Stagner publicada en 1936 marca el inicio de una nueva época. Un año después G. W. Allport da a conocer su ya clásico *Personality: A Psychological Interpretation*. Y en 1938 H. A. Murray presenta los resultados de sus investigaciones expe-

rimentales y clínicas, dentro de una orientación próxima al psicoanálisis, en *Explorations in Personality*. Estos escritos y la abundante literatura periódica del final de los años treinta testimonian la emergencia de una Psicología de la personalidad de claras connotaciones clínicas.

Estas y otras obras de los neofreudianos, escritas también por entonces, contribuyeron notablemente a demostrar el error que suponía dejar en el olvido algunos de los fenómenos humanos y, más concretamente, reducir de alguna manera la personalidad a una serie de procesos adquisitivos con sus correspondientes estructuras. Por otra parte, el enfoque global que caracteriza a la investigación sobre la personalidad puso de relieve la estrecha interrelación que guardan entre sí todos los procesos y estructuras que integran la personalidad. Esto es importante porque precisamente mucha de la investigación perceptiva posterior va a enfatizar la determinación de la percepción por otros procesos psicológicos.

Efectos similares ejercieron los psicólogos sociales. Estos, olvidada ya la agitada controversia de los instintos de los años veinte, empezaron a ocupar un lugar relevante dentro de la Psicología durante la década siguiente. La gran depresión económica de aquellos años acentuó la preocupación por los problemas sociales. Temas entonces centrales como la opinión pública, la propaganda, el establecimiento y el cambio de las normas sociales no son en absoluto ajenos a la temática perceptiva. Recordemos al respecto el trabajo pionero de M. Sherif en 1935 sobre el efecto autocinético y las influencias grupales. En dirección similar influirían igualmente los trabajos de algunos antropólogos.

Señalemos, finalmente, que dentro de las diversas técnicas de evaluación de la personalidad, en los años treinta jugaron un papel importante las técnicas proyectivas. Fue por entonces cuando el Rorschach llegó a USA y el Thematic Apperception Test fue publicado justamente en 1935. Los psicólogos sistematizadores de los procesos básicos no podían sustraerse a una investigación empírica de los presupuestos teóricos en que se fundaban dichos tests, presupuestos que como es sabido tienen mucho que ver con los determinantes psicológicos de la percepción.

### *Las nuevas orientaciones teóricas*

Analizados los factores que originaron el resurgir de la percepción dentro de la Psicología y señaladas las principales fuerzas configuradoras de este resurgir, expondremos ahora las orientaciones teóricas básicas que enmarcan actualmente la investigación en este campo. Aunque tales orientaciones responden, lógicamente, a la problemática concreta de la que surgieron, se alimentan en buena parte, al menos, en los grandes postulados teóricos y metodológicos de la Gestalt, el funcionalismo y el conductismo, sin que tampoco pueda excluirse al psicoanálisis. No obstante, no se agotan aquí las grandes

fuentes de inspiración; veremos en seguida que el cognitivismo, las teorías de la información, las tendencias soviéticas, etc., juegan un papel no menos importante en este sentido.

### *Hebb y las estructuras aprendidas*

Aunque a Hebb se le asigna fácilmente la etiqueta «conductista», sus teorías son difíciles de categorizar según los tópicos derivados de las «escuelas». Lo primero a constatar es que Hebb nunca criticó indiscriminadamente a la Gestalt. Todo lo contrario. Desde sus primeros escritos rechazó la concepción telefónica del sistema nervioso y su teoría fue indisolublemente unida a la aceptación del carácter estructurado de nuestra experiencia perceptiva.

A pesar de ello Hebb criticará las teorías gestaltistas en dos puntos centrales. Ataca, en primer lugar, su teoría neurológica basada en la equipotencialidad de los campos y defiende algún tipo de localización cortical específica adquirida en algún momento del aprendizaje perceptual, de forma que éste no sería simplemente una cuestión de campos. Se distancia, además, de la concepción gestaltista de la función del aprendizaje y del desarrollo en la percepción, concepción que, como es sabido, es del todo negativa al suponer que los equilibrios del campo no son menos innatos de lo que puedan serlo las propiedades del tejido nervioso.

Hebb hizo estas críticas desde su vinculación indudable a la tradición asociacionista-conductista, en la que se inserta en muchos aspectos. Así, junto a la preponderancia que adquieren en sus escritos los procesos adquisitivos, está su proximidad al viejo empeño de Lashley de fundar la Ciencia de la conducta en los datos neurológicos, además de su insistencia por explicar los procesos psíquicos superiores entendidos como procesos o actividades mediacionales que tienen lugar entre el estímulo y la respuesta. Sin embargo, tampoco esta identificación con el asociacionismo conductista tradicional es indiscriminada o ingenua.

Su aceptación de la estructura y la organización constituye una auténtica desviación de aquél; y es que no son conexiones sinápticas lo que postula como resultado de su asociacionismo, sino auténticas unidades estructuradas. Por otra parte, los citados «procesos psíquicos superiores» que él trata de explicar no habían sido hasta entonces objeto directo de la investigación conductista. Quizá todo ello explique sobradamente que el mismo Hebb se refiera a su propio sistema denominándolo «pseudobehaviorístico».

A partir de estas actitudes bien diferenciadas, Hebb construye una teoría original de naturaleza neurofisiológica, en la que propone un «sistema nervioso conceptual», i.e., en la que presenta una teorización sobre su forma de acción, teniendo en cuenta los escasos datos existentes al respecto. Este proyecto teórico supuso una innovación revolucionaria si se le compara con el sistema nervioso que suponía el conductismo anterior a 1950. Hebb destacó

el predominio de las áreas corticales de asociación sobre las de proyección en los primates y hombres; consecuentemente, éstos se hallarían menos ligados a la estimulación sensorial y serían más capaces de inhibir sus reacciones inmediatas; es decir, aunque su conducta, como la de todo ser vivo, siguiera dependiendo del medio, estaría sometida a un mayor control central, mayormente mediada por experiencias pasadas, presentes y futuras. Esto implica, a su vez, el rechazo de una visión estática del sistema nervioso que lo concibiera como simple lugar de conexiones sensomotrices, insistiendo en que, por el contrario, está dotado de una actividad constante de base. Estas ideas de Hebb sirvieron, entre otras cosas, para desautorizar la transposición indiscriminada a la conducta humana de los resultados de ciertos experimentos llevados a cabo con organismos inferiores, demasiado «sensoriales».

Dentro de este contexto o marco dinámico Hebb lleva a cabo unas fecundas especulaciones sobre un sencillo dato neurofisiológico: la continuación de la descarga nerviosa una vez cesada la estimulación de la neurona. Tales especulaciones le conducen a la noción central de su sistema: la asamblea de células con circuitos reverberantes. Tales asambleas consisten en unidades funcionales de neuronas corticales, cuya descarga de energía se halla sincronizada. Esta noción es la base de la alternativa de Hebb a la equipotencialidad de los campos gestaltistas y al conexionismo de los asociacionistas. Estas asambleas se constituirían a través de la práctica y la experiencia.

Para Hebb el organismo inicia su vida con un cerebro prácticamente desorganizado, si bien acepta que la distinción figura-fondo y, por tanto, la unidad de la figura, seas innatas; sería a través de la repetición de diversos y variados estímulos específicos como el cerebro llegaría a organizarse en asambleas. De un modo análogo, al ser excitadas sucesivamente algunas asambleas, podrían surgir «secuencias de fases». Aunque este esquematismo apenas refleje la complejidad del funcionamiento «teórico» y, por supuesto, real del sistema nervioso, la asamblea de células es la hipótesis central para sus explicaciones ulteriores sobre el aprendizaje perceptivo.

Dada la supuesta innatez de la distinción figura-fondo, dicho aprendizaje concernería fundamentalmente a la identidad de las figuras y sería de naturaleza sensomotriz. Hebb pone el conocido ejemplo del triángulo, cuyos ángulos estimulan la actividad ocular motriz para una exploración sistemática de la figura, en principio desconocida. Es a través de dicha exploración como se formarían las correspondientes asambleas. Hebb alude a los conocidos experimentos de Senden con ciegos de nacimiento, a los de Riesen con chimpancés criados en la oscuridad y a unos propios realizados con ratas. Los resultados de todos ellos convergirían, y justamente en contra de la teoría de Köhler: la percepción de las figuras implica un lento aprendizaje, el cual comenzaría por las partes e iría configurando los todos.

Desde esta perspectiva Hebb afronta la explicación de otros muchos conceptos psicológicos básicos, entre ellos los de generalización, discriminación, formación de conceptos, etc. En este sentido, destaquemos que al explicar la

generalización abstracta desde las asambleas constituidas a través de la explotación motriz «inteligente», Hebb llega a hablar de la percepción como «conceptual». Añadamos, finalmente, que cada vez ha enfatizado más la existencia de procesos corticales «semiautónomos», es decir, capaces de algún tipo de activación independientemente de la excitación sensorial; de cara a la percepción tales procesos significarían la posibilidad de cambios perceptuales de relativa autonomía respecto al estímulo a través de ciertas mediaciones centrales, entendidas como asambleas de células más o menos complejas.

La teoría de Hebb aunque se formuló por primera vez hace ya casi treinta años, sigue siendo un modelo de la percepción plenamente vigente, no obstante las diversas objeciones que se le han formulado: generalidad, restricción a lo visual, poca consideración de los aspectos comparativos a pesar de su reconocimiento explícito de la importancia de los datos filo y ontogenéticos, etc. Algo similar podríamos decir desde el punto de vista psicofisiológico, si bien esta vertiente escapa del marco de nuestro trabajo. En este sentido la teoría de Hebb, aunque perfeccionable y perfeccionada, sigue siendo básicamente válida y acorde con los datos experimentales más recientes, que, no obstante, son conceptualizables y han sido de hecho conceptualizados mediante otros modelos teóricos.

Una presentación del trabajo de Hebb sobre la percepción sería radicalmente incompleta sin hacer una mención a la investigación experimental puesta en marcha por sus teorías acerca de los efectos de las primeras experiencias en el desarrollo perceptivo. Sobre todo en la década de los cincuenta fueron muchos los experimentos tendentes a verificar algunas hipótesis derivadas de las mismas, en algunos de los casos con intervención directa del mismo Hebb en su programación. Los nombres de Forgy y Forgy; Thompson y Heron; Riesen, Ramsey y Wilson, etc., han quedado muy vinculados a la ya tradición hebbiana (Forgus, 1972). Los resultados de estos experimentos podrían resumirse así:

1. En general hay acuerdo sobre que los sujetos criados en medios más enriquecidos poseen una capacidad mayor en aprendizajes y discriminaciones perceptuales posteriores; al mismo tiempo, se tiene suficiente evidencia de que esta capacidad es general y no específica.

2. Respecto a los resultados que conciernen a los sujetos criados en medios restringidos o deprivados, aunque en principio puede aceptarse —de acuerdo con las hipótesis hebbianas— que sus logros posteriores sean influenciados negativamente, se ha de tener mayor cautela a la hora de su interpretación. Los efectos negativos pueden deberse a daños retinales, por ejemplo: Algunos opinan que los experimentos diseñados para examinar los efectos de la privación de la luz durante los primeros años como medio de verificación de la teoría de Hebb sobre el desarrollo perceptual han provocado más problemas que respuestas.

El mismo Hebb tuvo también una influencia importante sobre los trabajos hechos con sujetos humanos sometidos a situaciones de privación

sensorial y aislamiento, tan popularizados sobre todo a través de la investigación de Bexton, Heron y Scott en 1954.

Quisiéramos aprovechar este apartado dedicado a Hebb para hacer referencia a otras líneas de trabajo experimental en el ámbito del aprendizaje perceptivo a fin de testimoniar la importancia adquirida por una problemática que recibió un empuje definitivo por las teorías de Hebb, pero que va mucho más allá del marco que éstas le asignan. Concretamente, junto a la línea de investigación derivada de Hebb podemos señalar las siguientes:

1. El trabajo de Shafer y Murphy en 1943 se presenta como pionero de una nueva metodología experimental fundada en la aplicación del condicionamiento instrumental al desarrollo perceptivo.

2. Los conocidos trabajos de Ivo Kohler (1951, 1962), con sujetos provistos con gafas prismáticas, han abierto una importante problemática relativa al efecto del aprendizaje sobre aspectos tan decisivos de nuestro sistema visual como son las invarianzas espacio-temporales, las constancias, la permanencia de los objetos, etc. Al parecer estos experimentos han testimoniado fenómenos como los siguientes: el funcionamiento del sistema visual, las coordinaciones perceptivo-motrices y las conductas se alteran al perturbarse las condiciones estimulares; tanto uno como otras, sin embargo, son extraordinariamente plásticas; el organismo mismo es capaz de integrar, compensar y reestructurar las informaciones variables que le llegan, siendo el aprendizaje un aspecto fundamental en tales procesos de compensación y reestructuración.

3. Son varios los enfoques teóricos que han relacionado el desarrollo y aprendizaje perceptivos con la actividad motriz. Así, Piaget y las teorías cognitivistas asignan una función importante a la actividad motora dentro del contexto de la conducta de búsqueda activa y selectiva por parte del sujeto; las actividades perceptivas en esta perspectiva dependen en buena parte de los esquemas operatorios que las organizan; sin olvidar el aspecto genético: percepción y motricidad se relacionan en el proceso transformador de los esquemas.

Los soviéticos destacan también este aspecto; Leontiev y Zaporozhets distinguen entre acción manipulativa y reflejo de orientación, y a partir de aquí atribuyen a la primera un papel importante en la percepción de los objetos; los feed-back musculares de tal actividad se asociarían a los efectos estimulares sobre los receptores.

Los conocidos trabajos de Held y Hein (1963) con gatos criados en la oscuridad ponen igualmente de manifiesto la influencia de la actividad motora en la conducta perceptiva, al menos en ciertos animales.

4. Es sabido que la cibernética y las teorías de la información han aportado ideas nuevas y fecundas sobre los procesos de selección, filtraje y procesamiento de la información. En general insisten en la situación estimulante actual, en los estímulos críticos de la misma y en los conjuntos dentro de los que se insertan. No obstante, tales orientaciones no dejan de recordar

que del mismo modo hay que tener en cuenta los aprendizajes anteriores acumulados en el sujeto.

5. Aunque no hagamos aquí mención de ellas, la mayoría de las teorías o modelos que expongamos a continuación atribuyen una importancia decisiva al aprendizaje en la determinación de la percepción.

### *El medio ambiente como determinante inmediato de la percepción*

Quizá sea J. J. Gibson (1960, 1966), con la colaboración de su esposa L. J. Gibson (1969), el psicólogo que en los últimos cincuenta años haya aportado un mayor cuerpo de conocimientos teóricos y experimentales en esta área psicológica. Con la exposición de su obra iniciamos una serie de teorías que bien pueden denominarse funcionalistas, por cuanto consideran la percepción bajo su aspecto instrumental en el proceso adaptativo del organismo a su medio. Dentro de este enfoque general, sin embargo, las teorías funcionalistas difieren considerablemente entre sí, cosa bien explicable dado que la orientación funcionalista por su amplitud y sano eclecticismo da base a los más diversos puntos de vista dentro de cualquier área de la Psicología.

Buen conocedor de las tradiciones asociacionista y gestaltista, el modelo perceptivo de Gibson se presenta como una auténtica alternativa a ambos enfoques, especialmente al primero. Su idea central consiste en que la función básica de los sentidos no es proporcionar «sensaciones», que, como datos brutos, luego el organismo traduce a percepciones mediante asociaciones u otros procesos inteligentes o de campo, sino que los sentidos se han de considerar como auténticos sistemas perceptivos que no requieren de mediación alguna para proporcionar perceptos. Gibson define la percepción como el proceso por el que el organismo mantiene el contacto con su mundo, toma conocimiento de él por estimulación y entiende los tipos variables de energía física, a los cuales responden los receptores. El presupuesto básico es que la percepción es una función directa de la estimulación, al menos cuando las pautas estimulativas sean de complejidad suficiente para poder originar un tal proceso perceptivo; es decir, que a cada aspecto del mundo fenoménico le correspondería una variable energética llegada a los órganos sensoriales. A su vez, si la percepción es la captación de información sobre el mundo real, y si esta percepción posibilita una adaptación del organismo al mismo, puede concluirse que existe un isomorfismo entre nuestro mundo perceptual-fenoménico y los objetos fuentes de estimulación.

A partir de aquí Gibson toma postura respecto a la gestalt, de la que a pesar de sus afinidades se distancia en dos aspectos: en primer lugar, la percepción en principio responde a la realidad objetiva, es veraz; su investigación se ha de realizar partiendo no de sus fracasos, de las ilusiones perceptivas, sino de situaciones «normales» o «ecológicas»; en segundo lugar, el isomorfismo entre percepción y realidad no se explica por una especie de

armonía universal e hipotética, sino porque aquélla es determinada causalmente por ésta.

Su distanciamiento de la tradición asociacionista es más profundo. Gibson rechaza sus presupuestos básicos: que los sentidos sean meros transductores de sensaciones, que se limiten a ofrecer al cerebro impresiones sensoriales aisladas, que la ley de Müller tenga una validez absoluta. Sobre tales presupuestos, sostiene Gibson, no puede explicarse suficientemente el valor adaptativo de la percepción, su carácter originario como experiencia, la comunicación con el mundo real que proporciona, la información sobre la fuente misma de la información; a no ser, claro está, que se le atribuya al cerebro, y a unos pretendidos procesos mediadores una labor ingente.

Las sensaciones ni son los datos brutos de la percepción ni sus prerequisites, y consecuentemente resultan superfluos todos los procesos inferidos que se postulan para explicar su transformación en perceptos. Gibson añade que la psicofísica tradicional es más una fisiología sensorial que auténtica Psicología. Pero no niega por ello que la gente tenga sensaciones; lo que ocurre es que tan directa e inmediatamente como pueden producir sensaciones los sentidos nos proporcionan información sobre la realidad del mundo exterior a ellos. Es cierto que en los experimentos de laboratorio el sujeto puede experimentar colores, olores, etc.; sin embargo, tales experiencias no son la base de nuestra experiencia perceptiva, sino productos artificiales de la introspección. Nuestros mundos perceptivos, dice Gibson, se componen no de sonidos y colores, sino de superficies, aristas, concavidades y convexidades, de movimientos, de cambios, de inicios y fines, etc. Por esto, a las sensaciones no se las debe mirar como las causas de nuestras percepciones sino como sus síntomas.

Sin duda que los presupuestos asociacionistas citados podrían tener validez dentro de una concepción de los sentidos considerados no como sistemas de detección, sino como canales de sensación. Sin embargo, puede ocurrir que la información sobre la fuente de la estimulación no acceda a través de un sólo sentido, sino de una más o menos compleja combinación de varios. Posiblemente seamos capaces de experimentar el estado de un nervio específico, pero más verosímil es pensar que podamos hacerlo con las pautas y transformaciones del input energético que informa sobre las causas que lo determinan con independencia de los nervios afectados.

Gibson ha tenido muy en cuenta las ideas de Brunswick sobre ecología estimular, ideas que se refieren a la existencia de una organización estimular basada en la realidad física y objetiva ambiental. Esta ecología es contrapuesta a los estímulos aislados de la psicofísica, que no corresponden en absoluto a las situaciones normales —medios estimulares y no estímulos— en que se ven afectados nuestros sentidos.

Este modelo perceptivo acentúa que son los invariantes los aspectos del medio a los que responden preferentemente los organismos. Esto significa que el organismo activo se percata de que el medio ambiente nos propor-

ciona un flujo estable y permanente de información al que es capaz de responder. Desde esta perspectiva resulta claro que la misma información puede ser proporcionada por diferentes energías estimulares, con lo que quedaría solventado uno de los viejos problemas psicológicos, el de la equivalencia estimular. Gibson añade que los organismos atienden de una forma automática a los aspectos ambientales significativos para la adaptación, manteniendo así una máxima invarianza de la información estimular.

Consecuente con su funcionalismo, Gibson atribuye un lugar importante a las consideraciones filogenéticas. La aplicación de éstas a los sentidos hace igualmente rechazable una concepción de los mismos como simples productores de sensaciones. ¿Por qué no conceder que la evolución ha ido dotando de forma creciente a los sentidos de capacidades detectoras de estructuras estimulares crecientemente complejas y que correspondan de forma cada vez más fiel al mundo objetivo que las origina? Si presuponemos —y Gibson lo presupone— que la realidad tiene ya un orden y una estructura, ¿por qué recurrir a un cerebro que organiza los datos inconexos que sobre ella nos proporcionan los sentidos? ¿por qué no suponer, entonces, que éstos ya nos reflejan esa realidad directamente y cada vez mejor a medida que avanzamos en la escala filogenética?

Así, pues, para Gibson la percepción es un conocimiento sensorial consistente en la aprehensión directa —y no mediada— de información estable e invariante que es útil para el organismo desde el punto de vista de la adaptación. Esta carencia de mediación en el proceso perceptivo como tal no excluye en principio la posible influencia en el mismo del aprendizaje y de otros procesos cognoscitivos, cosa que prueba suficientemente la obra de E. J. Gibson, especialmente en lo que concierne al aprendizaje perceptivo. De ahí que, a pesar de que las críticas a la teoría de los Gibson hayan apuntado preferentemente al escaso margen que otorgan a una conceptualización de la función determinante de otros procesos psicológicos en la percepción, digamos algunas cosas sobre el modo cómo E. J. Gibson concibe el aprendizaje perceptivo.

Consecuente con las teorías de su esposo, ésta concibe el aprendizaje perceptivo no en una línea de «enriquecimiento», sino de diferenciación y especificidad. Reconoce que prácticamente todas las teorías perceptivas aceptan la influencia del aprendizaje en la percepción, si bien en un sentido de enriquecimiento, por cuanto lo que aquél proporciona son una serie de materiales o procesos que luego se añaden a la estimulación actual de tipo sensorial, determinando así la percepción. En definitiva, todas ellas distinguen sensación y percepción, para luego diferenciarse únicamente en el tipo de materiales o procesos que se añaden a aquélla para producir la percepción; así, unas hablan de inferencias probabilísticas, otras de respuestas de *feed-back*, de esquemas, etc.

El punto de partida de E. J. Gibson es bien distinto y, consecuentemente, también lo es su concepción de dicho aprendizaje. No parte de que la

estimulación sólo pueda proporcionar sensaciones puntuales y aisladas, sino de que el medio ambiente es rico en información estimular variada y compleja, capaz de originar percepciones diversas, significativas y complejas. Por otra parte, en el ambiente existe siempre más información de la que el organismo pueda registrar o extraer, ya que éste es limitado en este sentido por razones de tipo biológico, de desarrollo o de educación. En concreto, el organismo en un principio es sólo capaz de una percepción muy poco diferenciada y apenas selectiva. A partir de aquí la conclusión es fácil: el aprendizaje perceptivo se caracteriza por un aumento en la capacidad del organismo para extraer información diferenciada y específica. Por él, el organismo adquiere progresivamente la capacidad de reducir la información extraída al rasgo distintivo mínimo de cada situación. Resumiendo: a la especificidad creciente del proceso perceptivo le corresponde una diferenciación progresiva de los estímulos.

### *Funcionalismo probabilístico e incertidumbre del medio*

A pesar de que Egon Brunswick (1956, 1957, 1963) conociera la muerte de forma relativamente prematura y de que su llegada a USA no aconteciera en un momento demasiado favorable para los estudios perceptivos, la fecundidad de sus intuiciones se ha dejado notar en muchos de los trabajos actuales sobre la percepción.

El modelo probabilístico de Brunswick parte también de una constatación negativa: la investigación tradicional de la percepción supone que el sujeto es capaz de utilizar los indicios ambientales sin apenas posibilidad de error. Tal supuesto, sin embargo, es falso: el medio ambiente se nos presenta como «semirrático». Si, por ejemplo, planteamos a un sujeto la tarea perceptiva de evaluar un tamaño o una distancia objetivos, ninguno de los indicios que le son disponibles es capaz de proporcionar una garantía cierta de éxito en la tarea. Y esto no por imperfecciones en el sujeto o en el objeto mismos, sino más bien en el sistema que ambos constituyen, capaz únicamente de darnos indicios probabilísticos. Brunswick habla en este contexto de validez ecológica de los indicios, según su mayor o menor aptitud para proporcionar juicios perceptivos objetivos. La ecología del sujeto es tal que la información acerca de los objetos ambientales le llega de forma parcial; de ahí que el sujeto tenga que estimarla y sopesarla según las experiencias acumuladas en el pasado y el conocimiento que ellas le proporcionan acerca de otros indicios similares.

Brunswick hace muy fecunda dentro de su modelo la distinción entre estímulos distales y próximos. Supuesto que la conducta y la percepción, como tal, son función del distal, es decir, del objeto, fuente de la estimulación, el problema que se plantea es el de la relación entre el objeto distal y el del estímulo proximal, en sí únicamente indicio de valor ecológico limi-

tado. Es a partir de aquí desde donde se entiende el interés de Brunswick por el problema de las constancias y el de la metodología perceptiva. En este sentido propone la sustitución del diseño sistemático por el diseño representativo, es decir, la sustitución de las situaciones artificiales de laboratorio, plenas de certeza y sistematismo, por situaciones que representen la realidad, siempre incierta y probabilística.

La función del aprendizaje hace referencia a la relación entre objeto o estímulo distal y el estímulo próximo, y al modo como éste llega a convertirse en indicio de aquél Brunswick habla al respecto de una evaluación del estímulo en relación con una jerarquía de indicios adquirida asociativamente. Es evidente que el valor ecológico de los indicios depende en buena parte del aprendizaje. Por lo demás, cabe añadir que el modelo probabilístico de Brunswick abre un amplio margen al juego de los factores subjetivos en la determinación de la percepción, sobre todo cuando los indicios estimulares posean un valor ecológico escaso.

### *La percepción como una transacción*

En los años cincuenta e inicios de los sesenta un grupo de científicos del Institute for Associated Research de Hanover encabezados por Ames (1953) y donde destacaban los nombres de Ittelson, Cantril y Kilpatrick, entre otros, elaboraron una nueva teoría de la percepción también funcionalista, aunque bien diferente de las otras del mismo enfoque expuestas en estas páginas. Así, en lo que respecta a Gibson, los representantes de este modelo llamado transaccionalista, discrepan de él por estimar que las propiedades del medio de ninguna manera determinan nuestros perceptos de forma directa y no equívoca. Su segundo punto de discrepancia afecta igualmente a Brunswick: tanto éste como Gibson consideran que los experimentos diseñados por los transaccionalistas son artificiales y ambiguos; en una palabra, nada representativos de las situaciones cotidianas en que nos conducimos. Y, ciertamente, cualquiera que conozca el famoso cuarto trucado de Ames con su correspondiente diseño no tendrá ninguna dificultad en entender esta discrepancia. Cosa que no le impedirá reconocer que, independientemente del juicio que le merezca su teoría, los transaccionalistas hayan podido pasar a la Historia de la Psicología de la percepción por el mero interés de sus experimentos.

Por lo demás, tal discrepancia en las situaciones experimentales elegidas no hace más que reflejar una diferencia teórica de fondo: Mientras a Gibson y Brunswick les interesa enfatizar los aspectos ecológicos y la relación de la percepción con los objetos reales y distales, los transaccionalistas prefieren acentuar los aspectos subjetivos de la misma, lo que representa como creación de «nuestro propio mundo de cosas y personas». No obstante, además de la orientación funcionalista común, los transaccionalistas comparten con Brunswick la influencia recibida de Helmholtz y su «inferencia inconsciente»,

así como el tono probabilístico que inspira sus teorías. En este sentido, esta teoría es similar a la de Brunswick, en cuanto ambas atribuyen un papel importante a la inferencia inconsciente a partir de la experiencia previa. Lo que les distingue es que la de Brunswick está orientada objetivamente, mientras la de los transaccionalistas lo está subjetivamente. Para ellos el individuo vive en su propio mundo de supuestos, que no se descarta sean ilusorios, y son ellos los que determinan sus percepciones junto con la información del medio ambiente. La percepción sería un compromiso, una transacción, entre el sujeto y su medio, por lo que los objetos percibidos no serían ni lo que cabe esperar por su imagen retiniana, ni perfectamente constantes. Añadamos que Ames piensa que la evaluación subjetiva de la estimulación se rige no sólo por experiencias previas de las que resultan hipótesis y supuestos sopesados, sino también por valores y actitudes personales.

Es sabido que los diseños experimentales de los transaccionalistas tienden a colocar a los sujetos en unas situaciones trucadas diseñadas de tal forma que llegan a percibir como «normal» —según experiencias pasadas— lo que según la imagen retiniana tendría que aparecer como distorsionado, aun a costa de percibir distorsionadamente lo que según la imagen retiniana no tendría que serlo. Tales fenómenos, muy próximos a la ilusión, probarían que las relaciones perceptivas con el medio ambiente están fuertemente mediadas por las constancias previamente desarrolladas en el sujeto. Para entender el sentido funcionalista de la teoría bastaría preguntarse: ¿si nuestras constancias no nos determinaran a percibir los objetos como «normales» y nuestros perceptos variaran con cualquier cambio de las condiciones estímulares podríamos realmente atribuir un valor adaptativo a nuestras percepciones? «Las ilusiones son el precio que hemos de pagar por nuestras constancias.» Finalmente, el enfoque funcionalista de la teoría se refleja igualmente en el lenguaje con que es expuesta: se respira en él un aire claramente pragmatista, fluyen las ideas emparentadas con Dewey, Angell o Carr. Por otra parte, su proximidad al enfoque de la New Look es evidente, como vamos a ver.

### *Los determinantes motivacionales de la percepción*

Entre las investigaciones que tras la segunda guerra mundial contribuyeron decisivamente al resurgir de la temática perceptiva, quizá ningunas tuvieron tanto impacto como las del grupo de psicólogos de la llamada New Look. Inmediatamente pasaron a ser incorporadas por los manuales para llegar a ser parte fundamental de «lo que se debe saber» acerca de la percepción. Por esto casi resulta superfluo que nos detengamos en su exposición, si no es para hacer unas breves consideraciones (Forgus, 1972).

A partir del año 1947 y por un tiempo no más allá de una década, una serie de psicólogos encabezados por J. Bruner y L. Postman, principales teóri-

cos del grupo que pronto se identificó con el llamado movimiento New Look, se decidieron a romper con el enfoque tradicional desde el que se venía estudiando la percepción. Lo que ellos propugnaron era hacerlo no tanto desde el estímulo, sino desde el organismo y su funcionalidad para el mismo. Justamente las variables que trataban de neutralizar los psicofísicos pasaron a ocupar el primer plano. F. H. Allport refiriéndose a este nuevo enfoque habla de «directive state», por cuanto la dirección de la experiencia perceptiva era atribuida a los valores, actitudes, necesidades, motivos y otras variables de la personalidad. En este tipo de variables cristalizaría la experiencia pasada, sobre todo en lo que concierne a la interacción del organismo con su medio social, y a través de ellas quedaría sensibilizado hacia aspectos concretos del medio estimular. De acuerdo con el espíritu del momento, los psicólogos de la New Look atribuían, así, una función más activa y creativa al sujeto, que lo que habían hecho los asociacionistas y los psicólogos gestaltistas.

Desde luego, este enfoque tiene viejas raíces tanto en la Psicología como en la Literatura, la Filosofía y otros saberes. Concretamente, dentro ya de la llamada Psicología científica, Helmholtz y la Escuela de Würzburg habían apuntado unas ideas similares; más recientemente, la investigación psicopsicológica, la antropología cultural, las técnicas proyectivas y las teorías de la personalidad habían puesto de manifiesto que la percepción no es en absoluto ajena a la personalidad y sus motivaciones; el mismo psicoanálisis abunda en los implícitos de esta teoría, cosa bien patente en el lenguaje y conceptos de algunos de sus representantes, así como en el tipo de diseños y variables experimentales utilizados. Los trabajos sobre «vigilancia» y «defensa» perceptivas son buena prueba de ello.

Existe una faceta en la teoría de Bruner y Postman que los manuales no acostumbran a considerar y que, sin embargo, constituye un aspecto central de la misma: para ellos la percepción es un fenómeno de hipótesis (expectativa). ¿Qué significa esto? La teoría parte de un doble supuesto: primero, que los objetos percibidos presentan un aspecto estructural y otro significativo, el cual hace referencia al sujeto y sus experiencias; segundo, que la percepción está determinada por unos factores no propiamente conductuales (físico-estimulares y neurofisiológicos) y otros conductuales. La teoría va a centrarse en estos últimos, y dentro de ellos, en los de naturaleza no cognitiva, como hemos visto. Supuesto esto, el punto central de la teoría radica en que estos factores no cognitivos (valores, conflictos, motivos, etc.), son los determinantes de las hipótesis que el sujeto formula acerca de la identidad del estímulo que se le presenta, estímulo que en sus experimentos es siempre de naturaleza ambigua y poco estructurada. De este modo, el proceso perceptivo consta de esa formulación de hipótesis así determinada, de la información estimular que le llega al organismo y de la confrontación entre ambos aspectos, proceso de verificación que conduce a la confirmación o abandono de la hipótesis inicial.

Sólo queda reseñar que la New Look es hoy sólo historia. De aquel movimiento nos ha quedado la confirmación experimental de los aspectos básicos de su teoría, aunque de una forma tan general que bien vale la pena preguntarse si para ello hacía falta tanto esfuerzo como el que estos psicólogos y sus antagonistas les dedicaron por entonces. Queda también una serie de nombres como los de Bruner, Postman, Goodman, McGinnies, etc., casi connaturalmente vinculados a la aún escasa investigación existente sobre una parcela tan importante como es la de los aspectos sociales y motivacionales de la percepción.

### *Los determinantes tónicos de la percepción*

Más fecundas, quizás, hayan sido las investigaciones sobre interacción de los procesos sensoriales y motores en la percepción emprendidas por Werner y Wapner (1949) en la Universidad de Clark también por entonces, investigaciones que, por otra parte, no son del todo ajenas a las que acabamos de ver, como lo prueba su extensión posterior al área de la personalidad por parte de H. A. Witkin y sus colaboradores (1954). También en este caso se parte de una discrepancia abierta con los enfoques sensorialistas de la psicofísica y el poco eco encontrado en ella por los aspectos relativos al organismo y las diferencias individuales. Sin embargo, en este caso, la corrección va a llevarse a cabo desde una perspectiva más afín al conductismo, ya que lo que postulan Werner y Wapner es una mayor consideración de las interacciones de las energías de origen sensorial con las de origen motor. En cuanto el organismo es el lugar donde acontecen tales interacciones, también él ocupa un lugar central en esta teoría tonicosensoresial. Estos psicólogos fundan su teoría en experimentos sobre percepción bidimensional y los correspondientes mecanismos compensatorios por los que el organismo mantiene su equilibrio corporal, de los que podría inferirse el importante papel que desempeña el nivel de la implicación muscular en los mismos.

Dentro del contexto de esta teoría Witkin y un buen grupo de colaboradores han estudiado el modo cómo las características individuales influyen en la percepción; su investigación es una interesante aportación al problema de la relación entre diferencias individuales y percepción. La han basado en una importante batería de tests de orientación espacial elaborados por ellos mismos, así como en los resultados de otras aplicaciones de técnicas usuales en el estudio de la personalidad, como autobiografías, entrevistas clínicas, Rorschach, TAT, dibujos, test de asociación de palabras, etc. Una de las áreas de estudio elegida ha sido los efectos del campo visual en la percepción. A título ilustrativo mencionaremos algunos de los resultados obtenidos: los sujetos que acusan mayor dependencia del campo carecerían de insight en sus propios procesos mentales, serían más reprimidos, más propensos a los sentimientos de inferioridad, dibujarían más inmaduramente, etc.

*Teorías cognitivas y percepción*

La incidencia del cognitivismo en la temática perspectiva ha servido, sobre todo, para acentuar el papel determinante que juegan en los procesos perceptivos los conceptos, las categorías y los esquemas. Cabe añadir que ha puesto de relieve igualmente el carácter inferencial, constructivo y resolutorio de la percepción, sin conformarse con indicar el lugar que en ella ocupan las hipótesis de origen en la experiencia pasada. En general, los teóricos cognitivistas interpretan la percepción como un proceso por el cual las sensaciones no significativas son integradas, completadas o vertidas en los mencionados conceptos, categorías o esquemas.

El cognitivismo tiene hondas raíces en la Psicología europea, de cuya tradición ha tomado buena parte de sus conceptos. Es lo que ocurre, por ejemplo, con la noción de «esquema», de gran relieve en la problemática perceptiva. Esta noción se remontaría a Head, desde donde pasaría a la Psicología inglesa en la que ha tenido una gran influencia. Así, ya en los años treinta sería básica en las teorías de Barlett (1932). Para él consiste en una representación interna, organizada a partir de experiencias pasadas, con una importante función de mediación en la percepción del medio ambiente. Su construcción implica un proceso activo, del que Barlett destaca sobre todo los aspectos memorísticos.

Esta misma noción ha sido más elaborada por Vernon (1966) en años posteriores. En lo que respecta a la percepción le atribuye dos importantes funciones: primeramente, señala lo que se ha de seleccionar del flujo de información total que accede a los sentidos; en segundo lugar, da las pautas de elaboración, clasificación y denominación de los datos seleccionados, lo cual implica que son los esquemas las fuentes de la inferencia, que proporciona significación al percepto. El trabajo experimental de Vernon supone un gran apoyo a sus ideas. Para él sólo la acción determinante de los esquemas explicaría la consistencia y continuidad de nuestras percepciones.

Dentro del cognitivismo el lugar central hay que atribuírselo a Piaget (1961, 1967), quien también atribuye una gran importancia a la función del esquema en la percepción. Pero antes que nada señalemos que los escritos de Piaget han contribuido, entre otras cosas, a perfilar mejor la distinción entre percepción e inteligencia, distinción que no siempre está clara entre los teóricos de la percepción, a veces por razones perfectamente teóricas. El psicólogo de Ginebra mantiene la autonomía funcional y estructural de la percepción respecto a la inteligencia, si bien supone que en el curso del desarrollo es cuando ocurre la diferenciación progresiva de ambas a partir de una unidad fundamental de naturaleza sensomotriz. Alcanzada esta diferenciación, será la inteligencia la que guíe a la percepción, la que le señale lo que debe percibir. Ahora bien, no se entienda esta diferenciación de forma dualista: el desarrollo conjunto confiere a las actividades perceptivas una cierta lógica. De ahí que, en su nivel, la percepción anticipa, induce, deduce,

generaliza, etc. Lo que ocurre es que al basarse en los llamados «efectos de campo», esas mismas actividades perceptivas están sometidas a distorsiones, incertidumbres, probabilidades, careciendo de la necesidad, certidumbre y transitividad de la lógica estricta.

En lo que respecta al esquema, también para Piaget, es básico en la estructuración de la información sensorial. Para él consiste en una estructura cognitiva que hace referencia a un sistema de acción que relaciona una clase de situaciones con una determinada disposición a actuar. El proceso básico del aprendizaje perceptivo consiste en la elaboración de esquemas a partir de la asimilación y la acomodación. Los esquemas no son independientes sino que se coordinan y jerarquizan en el curso del desarrollo. Al asimilarse progresivamente diversos objetos a un esquema, éste se generaliza; del mismo modo es posible una diferenciación al dividirse un esquema relativamente generalizado en otros subordinados.

Digamos, finalmente, que para Piaget la actividad motora juega un papel central en el desarrollo perceptivo. En este sentido, la actividad exploratriz y manipuladora del sujeto es básica en la construcción de los esquemas.

El otro gran teórico cognitivista contemporáneo va a seguir otros cauces: los de la categorización. El modelo perceptivo de Bruner (1958) tiene inspiración inferencial y no carece de ciertas resonancias de algunas teorías sobre la solución de problemas. En contra de Piaget, sin embargo, Bruner no va a ver diferencia alguna entre las inferencias lógicas y las perceptivas. Las inferencias que subyacen a la categorización son del mismo tipo que las que rigen el resto de las actividades cognoscitivas, incluidas las lógicas. Si Piaget habla de «preinferencias» al referirse a la actividad inteligente de la percepción, reservando el término «inferencia» para las estructuras lógicas de las que carece la percepción —prelógica—, Bruner desconoce el sentido de tal distinción. Por esto, para él actividad perceptiva y actividad conceptual se rigen por el mismo tipo de categorías.

Más concretamente, para Bruner la percepción es un proceso de categorización, por el cual los organismos desde los indicios que proceden del objeto llegan inferencialmente a la identidad categorial. En definitiva, categorizar es identificar, a donde se llega de forma secuencial: categorización primitiva, tentativa e hipotética; búsqueda de indicios, generalmente inconsciente; verificación y confrontación, que si es positiva acaba con el proceso. Recordemos lo dicho a propósito de la *New Look*: las variables de la personalidad pueden determinar las categorías hipotéticas de que se parte. El aprendizaje perceptivo hace que las categorías sean más abundantes y asequibles, con lo que los indicios necesarios para la categorización disminuyen.

### *Las aportaciones soviéticas*

Aunque los temas perceptivos nunca desaparecieron del ámbito de la

Psicología en la URSS, también aquí el interés por ellos ha sido creciente a partir de 1950, año fundamental en el curso histórico de la Psicología soviética. El líder teórico es Leontiev (1966), sin que hayan faltado importantes aportaciones de otros psicólogos como Zinchenko, Zaporozhets, etc. Si quisiéramos caracterizar con tres adjetivos la orientación teórica de la investigación perceptiva en la URSS, elegiríamos los siguientes: materialista, orientada al exterior, genética.

El primer presupuesto básico es que lo subjetivo hay que explicarlo desde el mundo material: si nuestra experiencia perceptiva es estructurada, esto se debe a que hay orden en el mundo objetivo. Al construir nuestro mundo representativo lo único que debemos lograr es una imagen o reflejo de la realidad. Ahora bien, tal construcción no es posible si no es a través de la mediación de la acción del sujeto sobre el mundo y sus objetos. Podría decirse: nuestra percepción refleja la acción sobre el mundo y será veraz cuando esta acción sea conforme con el orden mismo del mundo.

El primer estadio en el desarrollo perceptivo vendría dado por la manipulación manual de los objetos acompañada de los movimientos oculares. Paulatinamente la acción pierde su carácter externo, aunque estructuralmente sigue siendo igual, pues no hace más que reproducir internamente las operaciones externas. Finalmente, el proceso se hace automático y surge el «estereotipo dinámico». El mecanismo básico que regula todo el proceso de desarrollo e integración perceptivos es el reflejo condicionado.

Los psicólogos soviéticos consideran que la percepción es un primer eslabón en el proceso de construcción de una imagen fiel del mundo, que debe acabar por ser conceptualizado. Lo que no se plantean de forma clara los soviéticos es la elucidación cabal de esa fidelidad y la posibilidad de error por parte de la percepción. Es cierto que hablan de una acción adecuada sobre el mundo a fin de que la imagen resultante sea fiel. Pero, ¿cuál es esa acción adecuada? ¿no desemboca todo en una pedagogía con sus correspondientes implícitos?

### *Conclusiones*

A la vista de las diversas aproximaciones teóricas a la problemática perceptiva llevadas a cabo en los últimos treinta años podemos ya extraer una serie de conclusiones. La primera es que el sentido de tales aproximaciones sólo se comprende desde el contexto histórico-psicológico del que surgen y como respuesta, igualmente histórico-psicológica, a las contradicciones que lo configuran. Que la Historia de la Psicología, sin embargo, como cualquier otra historia, no pueda entenderse mecánicamente, es puesto de manifiesto por el hecho de que, en buena parte, las teorías contemporáneas se siguen inspirando en las grandes orientaciones asociacionista-mentalista, gestaltista, funcionalista, psicoanalítica y conductista, es decir, de las mismas de las que

surgieron las contradicciones, cuya superación trataron de ser, y en alguna manera lo son, las teorías expuestas. Establecido lo que, por lo demás, resulta evidente, podríamos configurar el marco en el que acontece la sistematización actual de la percepción de la forma siguiente:

- sin poner en cuestión la naturaleza estructurada de nuestra experiencia perceptiva, tal como la ha puesto de relieve la Gestalt, la investigación contemporánea de la percepción ha demostrado que estructura y aprendizaje, estructura y enfoque genético no sólo no son lógicamente incompatibles, sino que de hecho no hay estructura sin aprendizaje y sin génesis; del mismo modo, las invariantes espacio-temporales, las constantes, etcétera, son igualmente afectadas por los procesos adquisitivos;
- el aprendizaje perceptivo no acontece únicamente a través de procesos estrictamente observacionales; los feed-back musculares, la actividad motriz, etc., deben ser también tenidos muy en cuenta;
- la profundización llevada a cabo sobre todo desde una perspectiva funcionalista y evolucionista en la, por los demás, bien ambigua noción de estímulo ha ayudado considerablemente a una comprensión mejor de las relaciones entre los aspectos energético-proximales, objetuales-distales y fenoménico-experienciales de la percepción; dentro de este mismo contexto, el idealismo frecuentemente larvado que ha venido dominando en este ámbito psicológico ha cedido terreno en favor de una epistemología más realista nada ajena a las teorías evolucionistas;
- la Psicología contemporánea de la percepción ha supuesto una fuerte crisis para el status psicológico de la sensación al insistir en la naturaleza directa y no mediada de la experiencia perceptiva;
- la percepción es un proceso psicológico con entidad propia, aunque sólo relativamente autónomo, por cuanto es determinado por otros procesos psicológicos no sólo de carácter adquisitivo; los motivacionales y emocionales, así como los cognoscitivos de tipo superior son igualmente fundamentales en este sentido;
- quien percibe es un sujeto activo, que busca, espera, selecciona y elabora información; a los psicólogos les gusta hablar en este contexto de la función organizadora de esquemas y categorías, de la intervención del sujeto mediante hipótesis, inferencias, decisiones, etc.

## RESUMEN

Tras una larga fase de claro dominio del mecanicismo, la Psicología conoce desde hace casi tres décadas y en todos sus campos de investigación

un proceso de paulatina y progresiva emergencia de una orientación más cognitivista. Este proceso es indisoluble de una recuperación casi paralela de los procesos cognoscitivos para la investigación científica. Entre éstos ocupa un lugar fundamental la percepción. A fin de conocer en su auténtico sentido el cambio global de orientación que afecta a la Psicología es fundamental que comprendamos este resurgir de la percepción en la misma, objetivo que nos proponemos en el presente artículo. Consecuentemente analizamos los factores que desde dentro mismo del conductismo y desde fuera de él determinaron la vuelta al estudio de la problemática perceptiva, tras un largo período de ostracismo dictado por la Psicología conductista. Pasamos, a continuación, a hacer una revisión de las principales investigaciones en esta área realizadas a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial: Hebb, Gibson, Brunswick, Ames, New Look, Werner y Wapner, Bruner y Piaget, los psicólogos soviéticos, etc., son particularmente tenidos en cuenta. En buena parte sus aportaciones se han de entender como intentos de superación de las contradicciones que condujeron al conductismo a un proceso de liberalización y apertura a los procesos cognoscitivos. A results de las mismas la Psicología de la percepción se caracteriza actualmente por las siguientes notas: superación de la oposición estructura-aprendizaje, consideración de los mecanismos motores en el aprendizaje perceptivo, mayor profundización en la naturaleza compleja del estímulo y su relación con la experiencia fenoménica desde una perspectiva epistemológica de realismo evolucionista, puesta en cuestión del status psicológico de la sensación, determinación de la percepción por otros procesos psicológicos, reconocimiento de la función organizadora en la misma de los esquemas y categorías, intervención del sujeto activo a través de hipótesis, inferencias, etc.

## RÉSUMÉ

Après une longue période clairement dominée par le mécanisme, la psychologie connaît, depuis les trois dernières décades, une graduelle et progressive émergence d'une orientation plus cognitiviste dans tous ses champs de recherche. Ce développement est indissociable d'une récupération presque parallèle des processus cognoscitifs dans la recherche scientifique. Parmi ceux-ci, la perception occupe une place privilégiée. Afin de saisir dans son vrai sens le changement global d'orientation en ce qui concerne la psychologie, il est absolument nécessaire de comprendre cette renaissance de l'intérêt pour la perception. Le présent article se veut une aide à cette compréhension. En premier lieu, nous analysons les facteurs qui, de l'intérieur même du behaviorisme aussi que du dehors, ont été déterminants dans le retour à l'étude de la problématique perceptiva, après une longue période d'ostracisme imposée par la psychologie behavioriste. Par la suite, nous passons en revue les principales recherches menées dans ce terrain depuis

la fin de la Deuxième Guerre Mondiale, en faisant particulièrement référence à Hebb, Gibson, Brunswick, Ames, New Look, Werner et Wapner, Bruner et Piaget, les psychologues soviétiques, etc. En bonne partie, leurs apports doivent être considérés comme des efforts pour surmonter les contradictions qui conduisirent le behaviorisme vers une libéralisation et une ouverture aux processus cognoscitifs. A la suite de ces recherches, la psychologie de la perception présente actuellement les traits suivants: dépassement de l'opposition entre structure et apprentissage, étude des mécanismes moteurs dans l'apprentissage perceptif, approfondissement de la nature complexe du stimulus et de sa relation avec l'expérience phénoménique dans une perspective épistémologique de réalisme évolutionniste, mise en question du status psychologique de la sensation, détermination de la perception par d'autres processus psychologiques, reconnaissance de la fonction organisatrice qu'y jouent les schèmes et les catégories, intervention du sujet actif à travers des hypothèses, inférences, etc.

#### SUMMARY

After a long period clearly dominated by mechanism, psychology—over the last three decades—has experienced in all its research areas the gradual and progressive emergence of a more cognitivistic orientation. This development cannot be dissociated from a practically similar recovery of the cognitive processes for scientific investigation. Among these, perception is of fundamental importance. In order to perceive in its true extension the global change of orientation affecting psychology, it is absolutely necessary to understand this reappearance of perception. The present article hopes to be useful in furthering this understanding. In the first place, we are going to analyze the factors which, from within and from without the behaviourist theory, determined the return to a study of perception and related subjects, after a long period of ostracism imposed by behaviourist psychology. Secondly, we are going to review the most important researches carried out in this field since the end of the Second World War, taking particularly into account Hebb, Gibson, Brunswick, Ames, New Look, Werner and Wapner, Bruner and Piaget, the Soviet psychologists, etc. Up to a point their contributions have to be considered as efforts to overcome the contradictions which led behaviourism towards a liberalization and an acceptance of the cognitive processes. As a result of this research, perception psychology shows at present the following characteristics: disappearance of the opposition between structure and learning process, examination of the mechanisms active in perceptive learning, a greater deepening into the complex nature of stimulus and its relation with phenomenic experience from an epistemological perspective of evolutionist realism, a critical re-examination regarding the psychological status of emotion, determination of perception by other psychological

processes, acknowledgement of the organizing function of patterns and categories in it, participation of the active subject through hypothesis, inferences, etc.

## BIBLIOGRAFIA

- ALLPORT, F. H.: *El problema de la percepción*. Ediciones Nueva Visión, 1974.
- AMES, A.: Reconsideration of the origin and nature of perception. En Ratner (Ed.), *Vision and Action*. Rutgers Univ. Press, 1953.
- BARLETT, F. C.: *Remembering*. Cambridge Univ. Press, 1932.
- BRUNER, J. S.: Les processus de préparation à la perception. En Bruner, J. S., y otros, *Logique et Perception*, P.U.F., 1958.
- BRUNSWICK, E.: *Perception and the Representative Design of Psychological Experiments*. Univ. California Press, 1956.
- Scope and aspects of the cognitive problem. En *Contemporary approaches to cognition*. Harvard Univ. Press, 1957.
  - Psychology in the terms of objects. En *Proc. 25 Ann. Celeb. Inaug. Grad. Studies Univ. South California*, 1963.
- DOLLARD, J., y MILLER, N.E.: *Personality and psychotherapy*. McGraw-Hill, 1950.
- GARR, H. A.: *Psychology: A study of mental activity*. McKay, 1925.
- *An Introduction to space perception*. McKay, 1935.
- GORGIUS, R. H.: *Percepción*, Trillás, 1972.
- GIBSON, E. J.: *Principles of perceptual learning and development*. Appleton-Century-Crofts, 1969.
- GIBSON, J. J.: *The perception of the visual world*. Houghton Mifflin, 1950.
- *The Senses considered as Perceptual Systems*. Houghton Mifflin, 1966.
- HEBB, D. O.: *The Organization of Behavior*. Wiley, 1949.
- HELD, R., y HEIN, A.: Movement produced stimulation in the development of visually guided behavior. *J. comp. phys. Psychol.* 1963, 56, 872-876.
- KOCH, S.: Psychology and Emerging Conceptions of knowledge as Unitary. En Wann (ed.), *Behaviorism and Phenomenology*, Univ. of Chicago Press, 1965.
- KÖHLER, I.: Über Aufbau und Wandlungen der Wahrnehmungswelt. *Westl. Akad. Wissensch.*, 1951.
- Experiments with goggles. *Scient. American*, 1962, 206.
- LAZARUS, R.: *Psychological stress and the coping process*. Appleton-Century-Crofts, 1966.
- LEONTIEV, A. N.: Le concept du reflet: son importance pour la psychologie scientifique. En *Dix-huitième congrès de l'Union internationale de Psychologie scientifique*, Moscú, 1966.
- MISCHEL, W.: Toward a cognitive social learning reconceptualization of personality. *Psychol. Rev.*, 1973, 80, 252-283.
- PIAGET, J.: *Les mécanismes perceptifs*. P.U.F., 1961.
- Le développement des perceptions en fonction de l'âge. En Fraisse, P., y Piaget, J.: *Traité de psychologie expérimentale*, vol. VI. P.U.F., 1967.
- KAZRAN, G.: *Mind in Evolution* Houghton Mifflin, 1971.
- RUSSELL, G. G.: *Personality. The skein of behavior*. McGraw-Hill, 1975.
- SCHACHTER, S.: The interaction of cognitive and physiological determinants of emotional state. En Spielberger, C.D. (ed.), *Anxiety and Behavior*. Academic Press, 1966.
- VERNON, M. D.: *Experiments in visual perception. Selected Readings*. Penguin Books, 1966.
- WEINER, B., y HECKHAUSEN, H.: The emergence of a cognitive psychology of motivation. En Weiner, B. (ed.), *Achievement motivation and attribution theory*. General Learning Press, 1974.
- WERNER, H., y WAPNER, S.: Sensory-tonic field theory of perception. *J. of Personality*, 1949, 18, 88-107.
- WEITKIN, H. A. y otros: *Personality through Perception*. Wiley, 1954.
- YELA, M.: *La estructura de la conducta*. Real Acad. de C.C. Morales y Políticas, 1974.